

REFLEXIONAR SOBRE IBEROAMÉRICA. ESPAÑA Y LOS BICENTENARIOS DE LAS INDEPENDENCIAS

Pedro Antonio Martínez Lillo (U. Autónoma de Madrid)

Introducción

Entre 2010 y 2025, los países latinoamericanos –la antigua América española junto a Brasil– conmemoran los bicentenarios de sus independencias.¹ España, –implicada como protagonista de esos hechos históricos y por su condición de nación iberoamericana– asume, como ya hizo en 1992 ante el Vº Centenario del Descubrimiento, la responsabilidad de determinar su papel en la efeméride, formulando discursos y estrategias que encuentran su explicación en una política exterior específica pero, sobre todo, en una forma de entender, comprender e imaginar el mundo iberoamericano que es, en suma, una manera de abordar su misma realidad, ya sea pasada, actual o de futuro.

La conmemoración presenta unos rasgos singulares, no exentos de dificultades. Son –por su carácter fundacional– actos de un alto contenido simbólico, eminentemente nacionalistas, a celebrar de manera no simultánea, dispersos en el tiempo –a lo largo de 15 años–, sin una perspectiva continental y de contenido multidimensional.² Políticamente, a las crecientes diferencias entre los países que componen la región, el auge del populismo, la emergencia del indigenismo y los procesos de refundación estatales, se añade una integración caracterizada por la fragmentación y el impacto social de la crisis económica. El avance de la democracia electoral logró consolidarse en los últimos años,

pero nada garantiza que esas repúblicas estén en un punto de no retorno donde los conflictos se solventen –pacíficamente– en marcos institucionales.

Reflejo –quizá– todo ello, de cambio de paradigmas, procesos de transformación y de interrogación sobre su propia identidad –«un repensar América Latina»– que dibujan escenarios distintos, alternativos. Junto a las agendas oficiales que contemplan desde proyectos arquitectónicos, inauguración de infraestructuras, exposiciones, actividades culturales y encuentros académicos, convive otro bicentenario, el que surge con la reflexión crítica, el pensar lo latinoamericano ante el siglo XXI. Menos institucional, se esfuerza –en cambio– por definir y caracterizar ese tiempo. Los trabajos de Jorge Larraín, Manuel Antonio Garretón o Mauricio Tenorio resultan reveladores. Mientras el primero considera que entre las preguntas a plantearse y responder por los propios latinoamericanos está «no sólo el quiénes somos, sino, sobre todo, qué es lo que queremos ser», el segundo insiste en la necesidad de analizar los bicentenarios desde la perspectiva de una nueva época, es decir, en tanto que procesos y momentos de repensarse, reconstituirse y proyectarse. La extensión de la democracia electoral ha ido acompañada de desigualdades socio-económicas, exclusiones y ausencia de dimensiones participativas. La época del bicentenario –según Garretón– llama, por tanto, a recomponer o refundar las relaciones

entre el Estado y la sociedad, lo que significa un nuevo orden económico, social y político, y en la dimensión cultural, un consenso ético histórico que dé fundamento a dicho orden. Asimismo y aunque las celebraciones históricas y conmemoraciones colectivas son sobreadundantes, el historiador mexicano Mauricio Tenorio contempla el 2010 como «un buen momento para computar qué hemos aprendido (...) una excelente excusa para echar andar estas reflexiones». Sabiendo que toda celebración aspira a movilizar una determinada memoria, privilegiando unos acontecimientos y marginando otros al olvido, no es menos obvio que sirve —en su opinión y con una expresión a veces irónica— para observar críticamente la imagen —o los espejismos— que una sociedad elabora o viene elaborando sobre sí misma.³

Finalmente —en un nivel diferente pero no menos importante—, debe subrayarse la eclosión en América Latina de una comunidad epistémica definida por su naturaleza post-colonial que plantea la absoluta prioridad de descolonizar y emancipar el pensamiento, encontrar categorías de análisis vaciadas del etnocentrismo occidental que permitan replantear correctamente la problemática de los países colonizados, convencidos de que únicamente a través de esta liberación de las categorías intelectuales podrán obtenerse auténticas emancipaciones políticas, sociales o económicas. La construcción de la idea de América no puede ser aquella que reposa sobre la creación intelectual occidental, sino la generada desde un pensamiento autóctono no contaminado epistemológicamente. Los análisis de Walter Mignolo en cuanto a la fundamentación de un pensamiento *decolonial*, son articulados —en una dimensión política— por otros autores que proclaman —por ejemplo— la creación de Estados plurinacionales, interculturales y postcoloniales como mecanismo de superación del Estado liberal moderno cuya crisis considera irreversible. Y aunque aquel modelo de nuevo Estado podrá extenderse a distintos espacios, en América Latina tendrá un lugar de privilegio.⁴

De las distintas temáticas a partir de las cuales puede —y merece— realizarse un esfuerzo de comprensión en torno a la trayectoria latinoamericana a lo largo de estos doscientos años, deben significarse expresamente dos, sin ignorarse —por supuesto— otros. Y ese ha sido el sentido que en este número de la revista se pretende ofrecer.

El primero apuntaría a valorar —en el plano de un enfoque de historia mundial— la emergencia de los nuevos actores internacionales, resultado del colapso de la monarquía hispana y la ruptura con la portuguesa así como de la forma en que se produjo su inserción en el sistema internacional y el impacto provocado en las relaciones internacionales. El trabajo —aquí presentado— del Profesor Joaquín Fernandois, máxima figura académica en la materia, desvela cómo todo aquel proceso estuvo históricamente condicionado por, básicamente, tres elementos: la construcción y formación de los Estados recién emancipados, las relaciones establecidas entre ellos —tanto conflicto como cooperación—, finalmente, el vínculo con las potencias hegemónicas —sea, Gran Bretaña inicialmente, sea Estados Unidos de Norteamérica después—, con el peso de los intereses económico-comerciales, estratégicos y geopolíticos actuando de manera determinante.

El segundo enfoque —sugerido por Bernardo Subercaseaux, reconocido intelectual chileno, profesor en Estados Unidos de Norteamérica— establece una forma, casi una metodología, para abordar —desde la perspectiva del bicentenario— la historia de las ideas y de la cultura latinoamericana tomando como referencia la categoría del tiempo histórico. En ese sentido cabría distinguir cuatro modalidades de invención colectiva en el ámbito de las nuevas naciones: *tiempo fundacional* —en el que el discurso escenifica la construcción de una nación de ciudadanos alejada del pasado español—, *tiempo de integración* —donde el Estado, a finales del siglo XIX y principios del XX, adquiere un papel preponderante como agente de integración y armonía social—,

tiempo de transformación –ante el fracaso del proyecto integrador se pretende un cambio de la estructura socioeconómica con la defensa de los conceptos de clase, revolución y anti-imperialismo–, y, por último, en la actualidad, el *tiempo globalizado*. Teniendo estas escenificaciones aspectos comunes, no puede ignorarse –como destaca el autor– que existen plasmaciones locales, nacionales, junto con otros factores, que le otorgan un carácter heterogéneo y diferente. Y ahí reside una de sus riquezas, de sus complejidades. En ambos casos los autores –Fernandois y Subercaseaux– enseñan e ilustran con lo mejor de sus conocimientos, en apretados textos de los que subrayamos –además de su calidad y rigor– un esfuerzo de síntesis.

Estrategia diplomática española frente a los bicentenarios

Los bicentenarios han venido a coincidir con una política exterior de España que busca repositionarse internacionalmente como potencia media de alcance global, esquema en el que adquieren prioridad sus relaciones iberoamericanas. Ese reconocimiento, *Iberoamérica es el continente del futuro*, en palabras de Zapatero, no puede ocultar, sin embargo, factores y tensiones que subyacen a la hora de su elaboración y ejecución.⁵

La economización de la acción exterior en la etapa Aznar –espejo de la masiva presencia empresarial en América Latina– generó profundas disfunciones en torno a la imagen de España –«Pizarro capitalista»– así como críticas por su responsabilidad en el deterioro de las condiciones sociales de la región, denuncias que se acentuaron con la deriva a la izquierda de algunos gobiernos pero, sobre todo, de movimientos sociales y políticos cuyos discursos se legitiman con el rechazo al neocolonialismo ejercido por las empresas españolas. Para «reparar daños», Zapatero –recuerda Barbé– priorizó un giro social en la acción latinoamericana (cohesión social, ayuda al desarrollo, responsabilidad social

empresarial) dentro de una política exterior comprometida (multilateralismo, solidaridad), aproximó discursos ante la pluralidad político-cultural y empleó el «poder blando», en el caso de la diplomacia pública.⁶ Si a finales de los 90 la irrupción de las empresas españolas provocaba un clima de opinión hostil, a principios del siglo XXI la imagen de España mejoraba sustancialmente.⁷

Otros componentes de la estrategia española permanecen mostrando fragilidades. La idea de Comunidad Iberoamericana, forjada en la Transición, organizada en torno a las Cumbres Iberoamericanas, y cuya legitimidad descansa en el factor democrático, además de los valores compartidos, necesita revisarse para generar nuevas retóricas. Su discurso integrador de lo iberoamericano encuentra clara falta de sintonía y conflictos en el sentimiento de pertenencia a una «patria compartida», frente a realidades que incluyen desde el impacto de la inmigración, la diversidad cultural y lingüística, la pobreza y la heterogeneidad estructural hasta el indigenismo y sus cosmovisiones o la emergencia de potencias globales en América Latina. Similar reflexión cabría realizar ante la continua pérdida de interés de la opinión pública española hacia lo iberoamericano, en contraste con la atención que suscitan los espacios europeos y norteamericanos.⁸ «El nosotros –comunidad política asentada en valores– se asocia a Europa y no al espacio iberoamericano», indica Esther Barbé. Asimismo el encontronazo entre el presidente de Venezuela y el rey de España, en la Cumbre Iberoamericana de Santiago de Chile, constituye un símbolo mediático de la «fragilidad comunitaria».⁹ Replantear ese sentimiento de pertenencia en torno a nuevas bases, más abiertas a la ciudadanía –a sus problemáticas–, y menos a las élites, construyendo estrategias frente a problemas comunes –educación, desarrollo, desigualdad, sostenibilidad ambiental–, perfeccionamiento del Estado de derecho, en el modelo de una sociedad del bienestar se apuntan –en el horizonte– como alternativas.¹⁰ En

otro orden, España sigue enfrentando el reto de superar la contradicción permanente –visible en los siglos XIX y XX– entre un discurso gubernamental que reafirmaba la prioridad de América Latina en sus políticas exteriores y una realidad que –con matices según épocas– lo niega, para acabar imponiendo la opción de utilizar América en apoyo de sus intereses propios, alejándose de la horizontalidad en las relaciones.¹¹

Cabe preguntarse –así– por el valor y el significado otorgados desde el Gobierno, principalmente, y la opinión pública a la celebración de los bicentenarios y a su determinada manera de construir su vinculación iberoamericana. La complejidad, su singularidad, el contexto ¿determinarán unas «celebraciones imposibles»? según expresión de Álvaro Mutis para el aniversario del Descubrimiento de América y la figura de Cristóbal Colón.¹²

La posición oficial española arrancaba en mayo de 2007, con la creación –a través del Real Decreto 595/2007– de la Comisión Nacional para la Conmemoración de los Bicentenarios de las Independencias de las Repúblicas Iberoamericanas –adscrita a la Vicepresidencia Primera del Gobierno–, a cuyo frente estaría el ex-presidente Felipe González, una designación que respondía a su conocimiento de la región, a la necesidad de hacer más eficaz el proyecto, disipar malentendidos, amortiguar críticas y, sin duda, al hecho de que sus propuestas actuales diseñan una política –casi una hoja de ruta– para el siglo XXI iberoamericano.¹³ Entre sus cometidos destacaban los de fijar líneas de colaboración y trabajo coordinado con similares comisiones bicentenarias iberoamericanas. Dos años después, el 11 de mayo de 2009, quedaba solemnizado en un gran acto institucional en Casa de América, bajo la presidencia de los Reyes, la incorporación de España a las celebraciones. «Acompañamiento y sabia prudencia» –a saber, una presencia de perfil menor– conformaba la clave del discurso oficialista. España se limitaría a acompañar a las repúblicas

iberoamericanas, sus auténticas protagonistas, en los actos que éstas decidieran sin reclamar liderazgo alguno. Estar en el recordatorio de ese tiempo común, con el fin de colaborar, ayudar, integrar, pero sin dar pie a figurar en el «banquillo de los acusados». La agenda oficial de los discursos concluía –contagiada de triunfalismo– subrayando un nuevo tiempo para la región –«ha llegado la hora de Iberoamérica»– exponente de su capacidad democrática, una mayor participación en la gobernanza global y su incorporación a un «Nuevo Occidente». En el fondo, pocas novedades. O muy poco que hiciera presumir cambios o modificaciones en la retórica diplomática convencional o que los bicentenarios implicaran «repensar una política». Comunidad iberoamericana y valores compartidos seguían presidiendo las motivaciones gubernamentales. A la legitimidad nacida de los procesos democráticos en los años 90, se suma, ahora en el marco de los bicentenarios, la libertad como experiencia histórica compartida. La libertad, consolidada por el constitucionalismo –primero– y la democracia –después–, impulso ideológico común, convertido en la aspiración similar en ambas orillas del Atlántico de emancipadores y «gaditanos» –Constitución de 1812– y constitutiva de una personalidad, «forjada en un denso periodo de convivencia compleja, fortalecida en torno a lazos familiares compartidos, en el espacio cultural y simbólico de una misma lengua». Personalidad, además, determinada a proyectar su papel en el mundo, a través de la Comunidad Iberoamericana, voz común y actor global cooperativo, «hoy una realidad plenamente consolidada». En su acción exterior latinoamericana, los bicentenarios se presentan como la ocasión para profundizar en una relación que es «constitutiva del corazón mismo de nuestra personalidad».¹⁴ Noción de comunidad, pertenencia, identidad que Zapatero reforzaba al entender que «la mitad de nuestro ser se ha forjado en América».¹⁵

¿Cómo enfrentar los bicentenarios? Opinión pública, historia, imágenes, propuestas.

Opinión pública y comunidad científica intervienen en la determinación del significado y alcance de los bicentenarios. Sus formulaciones resultan coincidentes, a veces, con la visión oficialista y, en ocasiones menos complacientes. Sea en uno u otro caso, los discursos —en una etapa aún inicial que deberá continuar estudiándose en los próximos tiempos— tienden a subrayar un conjunto de ideas que se entrecruzan, mezclan e interponen para generar imágenes, opiniones, propuestas. En una conmemoración compleja que, aun así, involucra a España como actor del hecho histórico.

La primera lectura interpreta los bicentenarios en términos de oportunidad para las relaciones entre España y América Latina y la formulación de estrategias iberoamericanas. En la senda del «acompañamiento», Celestino del Arenal y la Fundación Carolina aprovechan la celebración para proponer agendas que aborden los grandes desafíos del tiempo presente (desde la gobernanza democrática hasta el reconocimiento de las pluralidades étnicas culturales) e impulsar el diálogo político con América Latina, priorizando el «giro social» de la acción exterior española, la consolidación de las Cumbres Iberoamericanas y el reforzamiento del vínculo Unión Europea-América Latina bajo la presidencia europea de España.¹⁶ Para otros, en cambio, el «acompañamiento y la sabia cautela» resultan insuficientes frente al reto de definir una estrategia de lo americano. Mayor implicación, más proyecto, más política. «Bien están las Asias por ganar y los Medios Orientes por perder —dirá José Martínez Tono— [...], pero no olvidemos dónde está el terreno seguro donde España sí juega un papel determinante que otros no pueden jugar». Y el bicentenario brinda la ocasión para que españoles y americanos forjen un nuevo entramado de retos y metas de intereses estratégicos comunes.¹⁷ En otra vertiente, pero en una dinámica próxima

a la oficial Miguel Ángel Bastenier entiende que «acompañamiento —flexible— y la sabia cautela» deben completarse con un tercer componente, esto es «la autocrítica histórica»; la forma de que España reconozca su responsabilidad por los «horrores de la conquista» y el hecho colonial. «España necesita hacer borrón y cuenta nueva», concluye Bastenier. Germán Ojeda, en este contexto, entiende los bicentenarios como el momento para pedir perdón por la «infamia colonial».¹⁸

Una segunda reflexión vincula los bicentenarios a los riesgos potenciales derivados de determinados perfiles ideológicos, políticos y sociales. Populismo y nacionalismo denuncian a los «nuevos conquistadores» y al sistema iberoamericano en clave imperialista; así también el indigenismo —y las reclamaciones de los pueblos originarios— que basan sus reivindicaciones de identidad en contraposición a lo español, en el «genocidio y la explotación de 500 años». Carlos Malamud, sin alarmismos ni catastrofismos, observa que —desde esas instancias y en el marco de la efeméride— se forjarán discursos más o menos hilvanados o corpus argumentales contrarios a la imagen de España, a sus intereses y empresas. Sin embargo, sus alcances e impactos reales serán limitados. Por otra parte, relativizando el hecho insiste en que los «festejos de los Bicentenarios no son trascendentales ni para España —no lo son para la sociedad española ni para su gobierno—, ni para los distintos países de América Latina», siendo, en cambio oportuno, redoblar los esfuerzos para un mayor conocimiento de la realidad americana en la sociedad española.¹⁹

La tercera óptica, entendiendo los bicentenarios como espacio de un pasado compartido, apunta a profundizar —con rigor— en la investigación histórica de las independencias —como viene sucediendo en el último tiempo—, huyendo de las «historias patrias, versiones providencialistas», maniqueas e invenciones oportunistas. Sus aportaciones permiten elaborar una significación bicentenaria que se vincula directamente

con el origen de la modernidad política. Circunscribir la crisis de la monarquía hispánica que colapsa en América como un área particular de las revoluciones atlánticas o como una variante específica de éstas, resulta asunto central en la actual historiografía.²⁰ Manuel Lucena cuestiona la visión subsidiaria imperante sobre las revoluciones de independencias americanas (sea, en un caso por la Revolución Francesa, sea, en otro, por la Independencia de los Estados Unidos) así como los mitos en torno al fracaso histórico latinoamericano, «excepcionalismo latinoamericano», para dar paso a una mirada compleja del pasado, articuladora de principios de realidad y comportamientos democráticos. Así, la emancipación de los territorios de la América española y la América portuguesa como parte sustantiva de ese gran ciclo revolucionario resultará clave en la configuración de la cultura política occidental. «El reconocimiento de la moderna libertad como un hallazgo occidental transformado en global no puede esconder que surgió de un espacio y un tiempo concretos», el situado entre 1776-1825. Además, si se supera ese excepcionalismo, «el mensaje del Bicentenario que se abre en 2010 radica en que existe un nuevo futuro posible, porque así ocurrió en el pasado».²¹ Otro exponente de esa construcción de la modernidad política quedaría reflejado en la labor de los diputados americanos en las Cortes de Cádiz donde –como sugiere el gran estudio de Sisino Pérez Garzón– «impulsaron debates cruciales para asentar las bases constitucionales de la España que se organizaba como nación (...), destacando en los debates sobre los derechos y libertades de los españoles».²²

Ponderado ese valor central, el que sitúa los bicentenarios como un fenómeno histórico trascendental, la duda –para otros– surge en la posibilidad de difundirlo con carácter de actualidad. «Divulgar las ideas y sucesos que cambiaron la vida de la humanidad», es, –según Salvador Bernabéu– la mejor contribución de los bicentenarios, pero sus posibilidades son escasas tanto por la posición gubernamental,

«más que acompañamiento, simple adorno»; por la crisis, inestabilidad y división en América, «que frenarán las iniciativas generales, de largo alcance» o por unos discursos patrios preñados de «historias de bronce».²³ Ese escepticismo es máximo en Felipe Fernández-Armesto para quien los bicentenarios resultarán provechosos desde el análisis historiográfico –ya que sus investigaciones podrán poner fin a las ortodoxias interpretativas, maniqueísmos (*buenos y malos* enfrentados) y derrumbar la mitología de los héroes emancipadores–, pero constituirán un peligro para los políticos que los patrocinan al quedar arrastrados por un torbellino de divisiones, disputas y rupturas que están en la misma naturaleza de las efemérides.²⁴

Por último, un cuarto enfoque contempla los bicentenarios como instrumento con capacidad para renovar lo iberoamericano, superando la tensión provocada entre, de un lado, condiciones sociales y nuevos paradigmas (indigenismo y nacionalismo) y, de otra, una política de retórica tradicional de comunidad y valores compartidos. Se defienden, así, los bicentenarios entendidos como «modernidad y ciudadanía» que contemplan la educación, la igualdad de género, la defensa ambiental y la multiculturalidad, sobre la base de un modelo sostenible de Estado del Bienestar frente a la desigualdad y la pobreza. En este sentido, la experiencia española en la construcción de su sociedad de bienestar actuaría como factor legitimador de la nueva retórica iberoamericana. Más aún si –según Javier Noya– el perfil tipo del ciudadano latinoamericano menos proclive a lo español es «una persona pobre, con niveles de estudios bajos, en muchos casos indígenas e ideológicamente a la izquierda del espectro político». Paralelamente, una participación española –según ese mismo autor– en las conmemoraciones con menos políticos, más sociedad civil, interactuando con la opinión pública latinoamericana y sus individuos, en amplios campos de comunicación y encuentro, apoyándose en su diplomacia pública y el poder blando, fortalecerían su presencia en la región.²⁵

España, América Latina y el Nuevo Occidente. Una visión estratégica.

Si el «acompañamiento y la sabia prudencia» marcan discursos y comportamientos oficiales, la estrategia viene definida por un proyecto que nos remite a la forma en la que España —en su deseo de potencia media global— contempla la inserción de América Latina en el sistema internacional del siglo XXI, la nueva era global y su contribución a la gobernanza mundial.

El nuevo protagonismo latinoamericano —en la óptica española— se vincula en torno al paradigma del «Nuevo Occidente», imagen entendida por su naturaleza instrumental (organización del poder mundial), valórica (factor de legitimación en las relaciones internacionales) y cultural e identitaria. Por un lado, apunta a la creación de un gran espacio atlántico, rediseñando las relaciones transatlánticas, conformado por el triángulo —trípode— Norteamérica (Estados Unidos y Canadá), Unión Europea y América Latina. Generadora del 62 por 100 del Producto Interior Mundial, incluyendo casi un tercio de los Estados del mundo, espacio de intensos flujos migratorios, mecanismo de concertación frente a las grandes desafíos del tiempo presente (terrorismo, lucha contra la pobreza o protección ambiental) y defensor de la multilateralidad, el «Nuevo Occidente» se configura sobre la revisión crítica junto al reacomodo del concepto Occidental, refundándolo. Sus viejos paradigmas no valen, aparecen como caducos y superados por el reconocimiento de errores y fracasos. Su base, en cambio son los que conservan intacta toda su capacidad para inspirar y movilizar personas y países: libertad, igualdad, respeto, tolerancia.²⁶

El «Nuevo Occidente» —así concebido— estructura no una geografía física (Europa o Estados Unidos) sino una comunidad de valores, abierta a quienes los comparten. Y entre esos actores está, para el ministro Moratinos, América Latina cuya trayectoria reciente le convierte en una plataforma democrática. Sus repúblicas, sostiene,

[...] nacidas bajo el poderoso influjo de los vientos de la libertad que soplaban desde París, Filadelfia o Cádiz son en la actualidad uno de los continentes más democráticos y donde —a pesar de las dificultades derivadas de la desigualdad social— la mayoría de sus ciudadanos sigue plenamente comprometida con la defensa y la promoción de las libertades [...].²⁷

Sin América Latina no hay un nuevo proyecto occidental, sin éste aquélla restringe su inserción. Su presencia en el triángulo Atlántico, además, reequilibra la relación anglosajona-latina (en 2025 los 1.000 millones de hispanos y portugueses será una de sus aportaciones a la gobernanza mundial), y permite *resituar* el valor de lo anglosajón. «Todo lo que era anglosajón —a su juicio— tenía la vitola de la perfección, de la legitimidad, de la absoluta seguridad; sin embargo a lo largo de las últimas décadas esa actuación anglosajona no ha sido para sentirse extremadamente orgulloso de ese Occidente que queremos compartir».²⁸ La presidencia española de la Unión Europea apuntaría a la concertación del denominado «trípode occidental», pero sin una mayor concreción del proyecto.²⁹

Cabe interrogarse, no obstante, sobre la complejidad de esa apuesta justo cuando el «apellido occidental» suscita sombras y dudas entre actores de la región o se asiste a la emergencia de potencias —caso de Brasil— con intereses más diversos y orientaciones múltiples. «¿Quiere América Latina pertenecer a Occidente?», se preguntaba Carlos Mesa, ex presidente de Bolivia al analizar la deriva política de algunos países.³⁰

Seguramente, un componente menos ideológico, más pragmático, gozaría de un mayor consenso para un camino común iberoamericano, sin sacrificar principios.³¹ En esas coordenadas sitúa sus discursos Felipe González. Los avances democráticos y la existencia de un capital humano de mismo trasfondo cultural y vínculos permiten una comunidad iberoamericana ambiciosa. Para alcanzar «lo que queremos». Punto vital es la educación y la formación. «El gran reto es que

la generación del bicentenario sea la mejor preparada de la historia», insiste González. Y junto al capital humano, las reformas estructurales aún pendientes sin las cuales resultará imposible aquella inserción en la dinámica global.³²

La recesión mundial –crisis entendida como oportunidad– junto a los bicentenarios sirve para definir –según Felipe González– el libreto de las políticas iberoamericanas del siglo XXI. Descartadas las alternativas al sistema –propias de la época de bloques– así como las «utopías regresivas» –por su falta de credibilidad– y los que defienden –por fracasadas–, el «todo mercado y Estado mínimo», la respuesta consiste en modificar el modelo, no el sistema, mediante un programa «reformista» profundo que actúe en lo político, económico y social.³³ Con cinco componentes. En primer término, «un modelo de crecimiento, redistribuidor del ingreso y generador de empleo». En segundo, «el desarrollo de las infraestructuras» de comunicación –nacionales y supranacionales– para aumentar las oportunidades del comercio, los trasvases energéticos, inversiones productivas y flujos humanos. En tercero, esfuerzo en educación, formación, aprendizaje y salud. En cuarto, «mejorar el funcionamiento del Estado y de las administraciones públicas» que incrementen la calidad la acción de las instituciones representativas, generando seguridad física y jurídica, previsibilidad y transparencia en la toma de decisiones. A saber, calidad democrática y Estado eficiente. Y, finalmente, «proyectos de integración regional sin grandes construcciones ideológicas», apostando por iniciativas prácticas que faciliten el vínculo integracionista. «Una carretera une más que cien discursos», afirmará el ex presidente del Gobierno español.³⁴

Sea en una u otra forma, queda la impresión de que el tiempo del bicentenario se asimila –como reto desde las visiones españolas– a la construcción de una nueva modernidad para el espacio iberoamericano, con capacidad para insertarlo en el mundo global del siglo XXI y como elemento superador de insuficiencias,

fragilidades y limitaciones pasadas y promover, en cambio, desarrollo, cohesión social y democracias respetuosas ante lo plural y lo diverso. Si la modernidad política nació –de la mano de la Ilustración y los cambios revolucionarios atlánticos– sobre el reconocimiento de la libertad, la del presente siglo parece hacerlo asumiendo la necesidad de articular espacios sociales de integración e inclusión, garantizando calidad de vida a sus ciudadanos, a sus derechos y aspiraciones, en todos sus aspectos y direcciones. Esta modernidad necesita –como sucedió hace 200 años–, la palabra y la obra, la presencia y la participación –en libertad, con libertades– de la ciudadanía americana. Es el requisito imprescindible.

Conclusión

La reflexión iberoamericana conforma un elemento permanente en la vida española. Afrontarlo en el tiempo de los bicentenarios le otorga –además– valor añadido. Ya sea por su naturaleza de conmemoración histórica –que nos afecta–, como por coincidir –la región– con especiales realidades sociales, políticas, culturales y económicas y, en el marco de una nueva era global, el desafío intelectual resulta formidable. Seguramente –más allá de los actos oficiales y de la estrategia del acompañamiento– la potencialidad de los bicentenarios descansa en su capacidad para reflexionar –en común y sin ignorar su complejidad– sobre pasado, presente y futuro. Y en diferentes planos. De un lado, la revisión de una historia compartida que apunta al nacimiento de la modernidad política. De otro, los grandes desafíos del tiempo actual, desde la gobernanza democrática hasta el reconocimiento de las pluralidades étnicas y culturales. Igualmente, el impulso de las relaciones entre España y América Latina, así como, el marco en el que se desarrollarán y los factores de legitimidad sobre los cuales apoyar la acción exterior española en América. Repensar, en suma, una comunidad iberoamericana que contemple al ciudadano

en el marco de sociedades del bienestar, con soluciones a los problemas derivados —entre otros— de la inmigración o la desigualdad, con horizontalidad en las relaciones y compromisos recíprocos entre los pueblos. Bajo esas consideraciones, y con la capacidad de su poder blando y de diplomacia pública, la política española en América incrementará sus opciones y, con ello, su objetivo de potencia media global.

Esa misma dinámica sirve para suscitar la incorporación del mundo latinoamericano al sistema internacional de la nueva era global. Políticamente, la lógica y las prácticas democráticas que vertebran la región empujan su presencia en un «Nuevo Occidente —una modernidad en constante evolución, sin fronteras—» articulando un gran espacio atlántico junto a la Unión Europea y Norteamérica. Más pragmático, un segundo esquema de inserción sitúa un mundo iberoamericano para el siglo XXI a partir de un modelo reformista —fruto de un nuevo pacto sociedad y Estado—, con crecimiento y redistribución de los ingresos, calidad democrática y Estado eficiente, esfuerzo educativo, formación y salud, superador de la pobreza y la exclusión. Una modernidad para el siglo XXI iberoamericano.

Para garantizar el nuevo tiempo que se construye resultará imprescindible la tolerancia, el respeto a la diversidad, a las cosmovisiones que componen un espacio múltiple y, sobre todo, tal y como se reclamaba hace 200 años, un marco de libertad.

NOTAS

- ¹ Las fechas sobre el comienzo de las conmemoraciones de independencias son diversas y no siempre coincidentes. En nuestro caso, y para un calendario que establece la mayor parte de las posibles opciones, véase Observatorio de los Bicentenarios del Real Instituto Elcano (www.realinstituto-elcano.org).
- ² MALAMUD, Carlos, *Los riesgos de España frente a los bicentenarios: populismo, nacionalismo e indigenismos*, Documento de Trabajo n.º 38, Madrid, Real Instituto Elcano (16-VII-2008).
- ³ LARRAÍN, Jorge, «Hacia un bicentenario globalizado: ¿iden-

- idad nacional o identidad latinoamericana?», en *Foro Bicentenario 2004*, Santiago de Chile, Presidencia de la República, 2006; GARRETÓN, Manuel Antonio, «Bicentenarios: tiempos de repensar la región», *El Clarín* (20-I-2008).
- TENORIO, Mauricio, *Historia y celebración. América y sus centenarios*, Barcelona, Tusquets Editores, 2010.
- ⁴ MIGNOLO, Walter, *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Barcelona, Gedisa, 2006.
- BOAVENTURA DE SOUSA, Santos, «La reinención del Estado y el Estado plurinacional», en *OSLA* n.º 22 (año VIII), septiembre 2007.
- ⁵ RODRÍGUEZ ZAPATERO, José Luis, «En interés de España. Una política exterior comprometida», en *V Conferencia de Embajadores*, MAEC, (08-XI-2008), p. 19.
- ⁶ BARBÉ, Esther, «Tensiones de la política exterior española hacia América Latina: comunidad, imagen y liderazgo», en ARENAL, Celestino (coord.), *España y América Latina 200 años después de la Independencia. Valoraciones y perspectivas*, Madrid, Marcial Pons-Real Instituto Elcano, 2009, pp. 131-143.
- ⁷ NOYA, Javier, *La nueva imagen de España en América Latina*, Madrid, Tecnos-Real Instituto Elcano, 2009, pp. 99-102.
- ⁸ FUNDACIÓN CAROLINA, BARÓMETRO 2008, *América Latina y la cooperación al desarrollo en la opinión pública española*, Madrid, 2008, p. 5; FUNDACIÓN CAROLINA, BARÓMETRO 2009, *América Latina y la cooperación al desarrollo en la opinión pública española*, Madrid, 2009, p. 5.
- ⁹ BARBÉ, Esther, *ob. cit.*, pp. 127-128.
- ¹⁰ NOYA, Javier, *ob. cit.*, pp. 503-504.
- ¹¹ HERRERO PÉREZ, Pedro, «Las relaciones de España con América Latina durante los siglos XIX y XX. Discursos gubernamentales y realidades», en PEREIRA, Juan Carlos (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 328-339.
- ¹² MUTIS, Álvaro, «La celebración imposible», *El País* (12-X-2002).
- ¹³ GONZÁLEZ, Felipe (ed.), *Iberoamérica 2020. Retos ante la crisis*, Madrid, Siglo XXI-Fundación Carolina, 2009.
- ¹⁴ REAL DECRETO 595/2007, (04-V-2007), BOE n.º 113, (11-V-2007), p. 20314; Real Decreto 1074/ 2007, (31-VII-2007), BOE n.º 183, (01-VIII-2007); Real Decreto 1258/2007 (21-IX-2007), BOE n.º 230, (25-IX-2007).
- ¹⁵ ZAPATERO RODRÍGUEZ, José Luis, *ob. cit.*, p. 18.
- ¹⁶ DEL ARENAL, Celestino, *España y los Bicentenarios de la Independencia de las Repúblicas Latinoamericanas*, Boletín de la Fundación Carolina n.º 15, 2009, pp. 4-5; DEL ARENAL, Celestino, «Identidades, valores e intereses en las relaciones entre España y América Latina», en DEL ARENAL, Celestino (coord.), *España y América Latina 200 años después de la independencia. Valoración y perspectivas*, Madrid, Marcial Pons-Real Instituto Elcano, 2009; FUNDACIÓN CAROLINA (ed.), *Acompañando los Bicentenarios*, Madrid, Boletín de la Fundación Carolina n.º 15, 2009.
- ¹⁷ MARTÍNEZ TONO, José, «La estrategia del acompañamiento», *El País* (17-VIII-2009).
- ¹⁸ BASTENIER, Miguel Ángel, «Bicentenarios y autocrítica», *El País* (20-V-2009); BASTENIER, Miguel Ángel, «El tesoro de las Indias», *EL País* (30-XII-2009); BASTENIER, Miguel An-

- gel, «La traca del Bicentenario», *El País* (13-I-2010); OJEDA, Germán, «Los bicentenarios», *Público* (20-II-2010).
- ¹⁹ MALAMUD, Carlos, ob. cit., pp. 8-15; Asimismo NOVA, Javier, ob. cit., p. 20 y pp. 492-493 y p. 507.
- ²⁰ Mc FARLANE, Anthony, «La caída de la monarquía española y la independencia hispanoamericana», en PALACIOS, Marco (coord.), *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*, Bogotá, Grupo Norma, 2009, pp. 52-57; PALACIOS, Marco, «Las independencias hispanoamericanas en trece ensayos», en PALACIOS, Marco (coord.), ob. cit., p. 13 y pp. 25-29.
- ²¹ LUCENA GARRIDO, Manuel, «Los mejores doscientos años», en *Revista de Occidente* n.º 341, octubre 2009, pp. 5-6; LUCENA GARRIDO, Manuel, *Naciones rebeldes. Las revoluciones de independencias latinoamericanas*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 11-16 y 219-226.
- ²² PÉREZ GARZÓN, Sisinio, «América en las Cortes de Cádiz», en *Claves* n.º 202, mayo de 2010, pp. 42-43 y 45-47.
- ²³ BERNABÉU ALBERT, Salvador, «El desafío de la oportunidad: los centenarios americanos», en *Revista de Occidente* n.º 341, octubre de 2009, pp. 62-64 y 75-76.
- ²⁴ FERNÁNDEZ-ARRESTO, Felipe, «Latinoamérica, ante sus bicentenarios», *El Mundo* (16-XII-2009).
- ²⁵ NOYA, Javier, ob. cit., pp. 485-516.
- ²⁶ MORATINOS, Miguel Ángel, «Nuevo Occidente», en *Foreign Policy* n.º 16, agosto-septiembre 2006, p. 82; DE LA PUERTA, Javier, «Lecciones de la Segunda Guerra Mundial», en *Política Exterior* n.º 132, noviembre-diciembre 2009, pp. 148-149; PALACIO, Vicente, «El nuevo Hemisferio Occidental», *El País* (11-VI-2009).
- ²⁷ MORATINOS, Miguel Ángel, ob. cit., p. 83; MORATINOS, Miguel Ángel, Declaraciones Agencia EFE (11 de mayo de 2009).
- ²⁸ *Ibidem*.
- ²⁹ PALACIO, Vicente, «El nuevo Hemisferio Occidental», *El País* (11-VI-2009); DE LA IGLESIA, Juan, «Presentación de las orientaciones de la Presidencia Española de la Unión Europea», X Foro de Biarritz, (Quito, 1 y 2 de octubre de 2009), Boletín Fundación Carolina, n.º 18, diciembre 2009, p. 10.
- ³⁰ BASTENIER, Miguel Ángel, «El estropicio de la modernización», *El País* (07-X-2009).
- ³¹ EDITORIAL, «El Nuevo Occidente», *El País* (17-V-2009).
- ³² GONZÁLEZ, Felipe, «Qué podemos hacer?», en *Miradas al Exterior. Revista de Información Diplomática*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, n.º 10, abril-junio 2009, pp. 4-5.
- ³³ GONZÁLEZ, Felipe (ed.), *Iberoamérica 2020. Retos ante la crisis*, Madrid, Editorial Siglo XXI-Fundación Carolina, 2009, pp. XV-XVII.
- ³⁴ *Ibidem*, pp. XIX-XXIII.

